

**LAS SORPRENDENTES
AVENTURAS DE
JOHN ROACH**

MARINERO DE WHITEHAVEN

PRESENTACION

El libro *Las sorprendentes aventuras de John Roach*, que ofreceremos en dos entregas a los lectores de *Wani*, ha sido traducido del inglés por el Dr. Jaime Incer Barquero, bien conocido en el ámbito intelectual nicaragüense y extranjero por sus contribuciones al conocimiento de Nicaragua. En esta obra podemos distinguir tres momentos: las aventuras del autor; las descripciones de las costumbres de ulwas y kukras, y una pintura moral valorativa de esos pueblos indígenas.

El autor del libro nos es prácticamente desconocido, salvo por lo que él mismo dice en el prefacio de su obra. Sin embargo, dudamos de la veracidad de estos datos. Conocemos, en efecto, una edición posterior de la misma pieza, publicada por John Rhodes, en que se dan detalles biográficos diferentes y un contenido un poco más amplio del relato. Podemos suponer, entonces, que el autor escondió su verdadera identidad por razones que ignoramos.

En cuanto a sus aventuras personales, parte de ellas nos parecen verosímiles. Sabemos de muchos casos de ingleses capturados por las autoridades españolas en varios lugares del territorio de la antigua Audiencia de Guatemala durante el siglo XVIII. Pero parece que, para dar mayor colorido y realce a su relato, el autor introduce elementos que no concuerdan con la realidad del territorio en que sitúa sus aventuras en 1770.

Así, por ejemplo, la sorpresa que experimentan los indios al ver su color. Conocemos muy bien que para esa época los indios —y, entre ellos, los ulwas— estaban acostumbrados a ver transitar por esa región, que parece estar ubicada entre el río Escondido y el río Grande de Matagalpa, a los comerciantes ingleses acompañados de baqueanos ulwas y escoltas miskitos. Más inverosímil todavía es el hecho de su captura por los indios. Si tal cosa fuera cierta, estaríamos frente a un caso único en todo el territorio de la Costa Caribe de Nicaragua, entre 1633 — fecha de llegada de los primeros ingleses en la región — y 1991.

El único caso que conocemos es la captura de Jeremías Terry en 1778 por los miskitos, la que fuera planeada y dirigida por el inglés James Lawrie, a la sazón Superintendente de la Costa de Mosquitos, debido a celos comerciales —Terry además no fue llevado prisionero

entre los indios sino enviado a Jamaica, donde se le puso en libertad. No podemos, entonces, aceptar que nuestro Roach haya sido hecho prisionero por ulwas y kukras; antes bien, el caso pudo haber sido al revés.

Sabemos en efecto que en 1770 la caza de esclavos ulwas y kukras estaba en su apogeo. Desde 1752 se había establecido en Bluefields Henry Corrin, oriundo de l'Isle of Man, quien controlaba el comercio tierra adentro a través del río Escondido. Hacia 1769, en Laguna de Perlas vivían los hermanos Tonoston, agentes y socios del superintendente Roberto Hodgson-hijo. Corrin, los Tonoston y otros se dedicaban a incitar a los miskitos a emprender expediciones para cazar esclavos ulwas y kukras. A veces los miskitos iban acompañados de los esclavos negros de los ingleses.

De tal manera que si hubo prisioneros, éstos fueron ulwas y kukras y no inglés alguno. ¿Se dedicaría nuestro autor a comprar indios ulwas y kukras? Quizás. A nuestro juicio, sin embargo, se trataba de un comerciante que viajaba al interior del país. Su encuentro con Yarrinse, indio ulwa o parrastra, en Olama, entre Boaco y Muy Muy, es verosímil. Ahora bien, sabemos que la casa de Yarrinse servía, como varias otras en la región, de puesto distribuidor de mercancías inglesas hacia Matagalpa, Boaco y Chontales. Es entonces posible que sus conocimientos de los indios de la región los baya adquirido a través de sus viajes de carácter comercial. Roach, en efecto, da descripciones de las costumbres de ulwas y kukras que concuerdan con lo que sabemos por otras fuentes.

Sería tedioso hacer la lista completa de los elementos de carácter etnográfico citados por Roach y que concuerdan con lo que conocemos por otras fuentes. En el río Kurinwás deambulaban indios ulwas o musaw que solían ir a comerciar a Bluefields en 1769. Los kukras se habían quejado ese año de la persecución de que eran víctimas de parte de grupos de esclavos ulwas de Henry Corrin. A pesar de estos contactos, los indios conservaban sus costumbres atávicas. Una de ellas, señalada por Roach, era el aplastamiento de la cabeza. El autor M. W. señalaba que en 1700 había indios "cabeza chata" río Coco arriba, antes de las cataratas. En 1841, el capitán Alexander Willock nos dice en su "Diario" que los ulwas del río Escondido solían aplastarse la cabeza. Pero es

en Roach donde se nos señala que esa costumbre prevalecía entre los ulwa para 1770.

El mismo Willock nos da también detalles sobre el entierro entre los ulwas que concuerdan con los de Roach. La fiesta descrita por éste entre los indios con el consumo de bebidas alcohólicas, recuerda muchas descripciones similares sobre los aborígenes del siglo XIX. La paliza propinada por unos indios a otros en la celebración también concuerda con lo que nos dicen al respecto autores más tardíos. Nos parece, entonces, que las descripciones relacionadas con la vida india son correctas en su conjunto, salvo quizás algunas exageraciones explicables, en parte, por lo que suponemos eran las intenciones del autor y el gusto de la época.

Nos hacíamos la pregunta anteriormente sobre si nuestro autor se había dedicado alguna vez al comercio de esclavos indios. Si tal fuera el caso, su apreciación sobre los aborígenes nos parecería explicable. Desde el siglo XVI, los europeos trataron de justificar su actitud hacia los indios por razones de diferente índole. Con el fin de hacer sus razonamientos aceptables, establecían dos prototipos morales: el europeo y el indígena. Este último era presentado bajo colores repugnantes a la sensibilidad y al razonamiento contemporáneos europeos. De este modo, el despojo de la libertad y los bienes del otro aparecían primero como una necesidad y después como algo normal.

Sabemos, por numerosos documentos, que si bien la esclavitud negra en el siglo XVIII era aceptada, la esclavitud india era vista con repugnancia por los europeos. La Asamblea de Jamaica condenó explícitamente la práctica de la esclavitud de los aborígenes de la Costa Caribe de Nicaragua, que era voz pública que practicaban los ingleses. En tales condiciones, el libro de Roach, al presentar a los ulwas y kukras —especialmente acusados en los años en que sitúa su relato— como “salvajes”, podía si no justificar su persecución al menos crear hacia ellos un sentimiento de aversión.

En cuanto a la explicación de la forma novelesca y la exageración de algunos rasgos de la vida indígena, hay que recurrir al gusto europeo de la época para entenderlas. Recordemos que estamos en el siglo XVIII, en pleno pre-romanticismo, y que cunde el gusto por lo exótico. Las aventuras de Robinson Crusoe de Defoe,

y *La Isla del Tesoro* de Richardson habían sido éxitos literarios. Nada mejor que presentar su obra bajo estos colores. En el siglo XIX conocemos un caso análogo para nuestra región: el libro *Waikna* de Samuel Bard, que a esconde Efraím Squier y que, bajo forma novelesca, describe costumbres de los miskitos en el siglo XIX para ridiculizar la monarquía miskita.

En resumen, *Las sorprendentes aventuras de John Roach* es un libro interesante, en tanto que nos brinda informaciones sobre dos pueblos relativamente poco conocidos, los ulwas y los kukras —el segundo de ellos extinto y del que ni siquiera sobrevive su lengua. Agradecemos al Dr. Incer Barquero su estupenda traducción, que permite al público hispano-parlante el acceso a esta obra clave sobre el Caribe nicaragüense.

Germán Romero Vargas

BIBLIOGRAFIA

- Public Record Office, Londres: CO 137/65 ff. 196 et ss., CO 140/42 FO 15/34, ff. 134-217.
- Archivo General de Centroamérica, Guatemala: A 1-119-4832.
- M. W., *The Moskito Kindgdom*, Londres, 1699.
- *The Surprising Adventures and Sufferings of John Rhodes, a Seaman of Workington, containing an account of his captivity and cruel treatment during eight years with the Indians and five years in different prisons amongst the Spaniards in South America. By a Gentleman perfectly acquainted with the infortunate sufferer.* New York, 1798.



THE
Surprising Adventures

AND

SUFFERINGS

OF

JOHN RHODES,

A

SEAMAN OF WORKINGTON.

—CONTAINING—

An account of his captivity and cruel treatment during eight years with the Indians, and five years in different prisons amongst the Spaniards in South-America.

By a Gentleman perfectly acquainted with the unfortunate sufferer.

NEW-YORK:

Printed for R. COTTON, by G. FORMAN, No. 64,
 Water-Street.—1798.

**AMANERA DE
 PROLOGO**

J. Roach, presenta el más respetuoso agradecimiento a los generosos habitantes del Condado de Cumberland, en particular a los del pueblo de Whitehaven, por alentarle y prestarle apoyo. Con humildad les pide sepan que estando aún providencialmente imposibilitado para dedicarse a su antigua ocupación, no ha reparado en hacer grandes trabajos y gastos para perfeccionar su narración, corregir ciertas partes en las que su memoria se mostró deficiente y ofrecerla en una forma más rica y comprensible; por lo tanto, se ha empeñado en esta nueva edición, con la esperanza de seguir contando con la aceptación del bondadoso público.

La primera edición de la narración fue tan reducida que no pasó de los límites de su condado natal; pero de esta edición mejorada se imprimieron tantos números, que no sólo le permitirá ofrecerla a los generosos vecinos, sino venderla también en las partes distantes del reino. Por lo tanto, solicita humildemente el favor de los habitantes de la Gran Bretaña en general; y de todo corazón desea salud, paz y prosperidad a todos los que, generosamente, extiendan una mano liberal que alivie sus necesidades de marino inglés sin fortuna.

LAS SORPRENDENTES AVENTURAS DE JOHN ROACH MARINERO DE WHITEHAVEN

Traducción y notas de Jaime Incer

Que contiene un relato genuino de su tratamiento cruel durante un largo cautiverio entre indios salvajes y su prisión por los españoles en Suramérica. Con su milagrosa preservación y liberación por la divina providencia; y retorno feliz al lugar de su nacimiento después de pasar 13 años entre enemigos inhumanos.

Nota Buena

El suscrito J. Roach, en vista de los insultos que le han conferido, cree conveniente aclarar aquí, que estando autorizado por Acto del Parlamento e impelido por una necesidad absoluta para defender esta publicación como su único medio de apoyo al momento, no dejará de recurrir a la Protección de la Leyes Británicas contra las injurias y ataques de cualquier persona que en el futuro imprima o reduzca la misma, salvo por Asignación. Por lo tanto, espera que todos los tipógrafos tomarán en cuenta esta amistosa Advertencia y que ninguno atentará contra sus prejuicios haciendo circular ilegalmente esta narración, arriesgando la propiedad personal y sometándose a las penas instituidas contra la piratería literaria.

Whitehaven, 12 de marzo de 1784

CAPITULO I

De su nacimiento, parentesco y obligación al mar, con varios viajes a diferentes partes del mundo; y sobre un daño singular hecho a los españoles.

Nací en Whitehaven, en el condado de Cumberland, en el año 1748, de padres honestos aunque no ricos. A la edad de 11 años, sintiendo inclinación por los viajes marinos, me fui de aprendiz por seis años en el *Leviatán*, comandado por John Steele, de Workington. Navegué con todo éxito por unos tres años, durante los cuales viajamos entre Whitehaven y Dublin en el comercio del carbón.

En la noche del 4 de diciembre de 1762, navegando con rumbo a Dublin, fuimos sorprendidos por una violenta tormenta de viento y nieve que parecía amenazarnos con la muerte inmediata, pues el barco comenzó de pronto a hacer agua en exceso, al extremo que encontramos casi imposible mantenerlo a flote. Siendo la noche muy oscura, fue difícil saber en qué parte del canal nos encontrábamos y cuál curso seguir para salvarnos. No obstante que el barco se hundía, logramos soltar el bote.

Todos le echamos mano deseando conservar la vida como fuera posible, aunque nadie tenía la menor idea para dónde

íbamos, salvo que seríamos tragados rápidamente por el tempestuoso abismo. Pero las bondades de la divina providencia sobrepasaron grandemente nuestras esperanzas, pues apenas habíamos estado hora y media en el bote cuando arrimamos, salvos, a la bahía de Dundalk, en Irlanda, donde nos socorrieron con amabilidad y obtuvimos de inmediato pasajes para Whitehaven.

Después de este desastre, me enrolé en el *Heart of Oak* del capitán Fawkin, de Workington, para completar el entrenamiento. Durante la última parte de mi servicio como aprendiz, transporté carbón de Workington a Dublin y Corke. Terminado mi deber, cansado de comerciar constantemente en esos lugares y ansioso de conocer el mundo, me embarqué hacia Petersburg, en el *Hawk* de Workington, comandado por Michael Fawkin, hermano de mi capitán anterior. Completado el viaje en cuatro meses regresé al negocio del carbón en el que me mantuve por medio año aproximadamente. Luego embarqué en el *Pearl*, del capitán Fisher, rumbo a Noruega y regresé a Workington después de un placentero viaje de tres meses.

Aunque mi mente estaba todavía ansiosa por escenarios extraños, nuevamente ingresé en el comercio del carbón, pero después de tres meses decidí engancharme en una goleta francesa que iba primero a Waterford y luego a Dunkirk. Por lo tanto, me embarqué en ella, pero no habíamos navegado mucho cuando nos sorprendió una violenta tormenta de viento por el oeste, que obligó a buscar el primer puerto que nos ofreciera seguridad. Enrumbamos pues en dirección a Bolbrigen, en Irlanda, pero entrando en el puerto el barco fue lanzado a la costa, sufriendo una gran avería, aunque la tripulación estuvo toda a salvo felizmente.

Después de esta mala suerte marché por tierra a Dublin y, persistiendo en la decisión de satisfacer mi curiosidad por paisajes lejanos, me embarqué de inmediato para Jamaica a bordo del *Earl of Chatham*, de Londres, con el capitán Arthur. En siete semanas arribamos al lugar de nuestro destino salvos y sanos. Allí dejamos un cargamento de provisiones y tomamos otro, que consistía principalmente en azúcar y ron consignado a Londres, a donde llegamos después de un viaje severo de nueve semanas.

Poco después de mi arribo, fui enrolado por el capitán Tobias Collins para regresar a casa en el *Columbine*, un barco nuevo que recién había comprado en Londres. Arribamos a Whitehaven después de un placentero viaje de 24 horas. Otra vez volví a comerciar carbón en Workington, pero luego de seis meses me llegué a cansar por completo del negocio y resolví nuevamente visitar el extranjero.

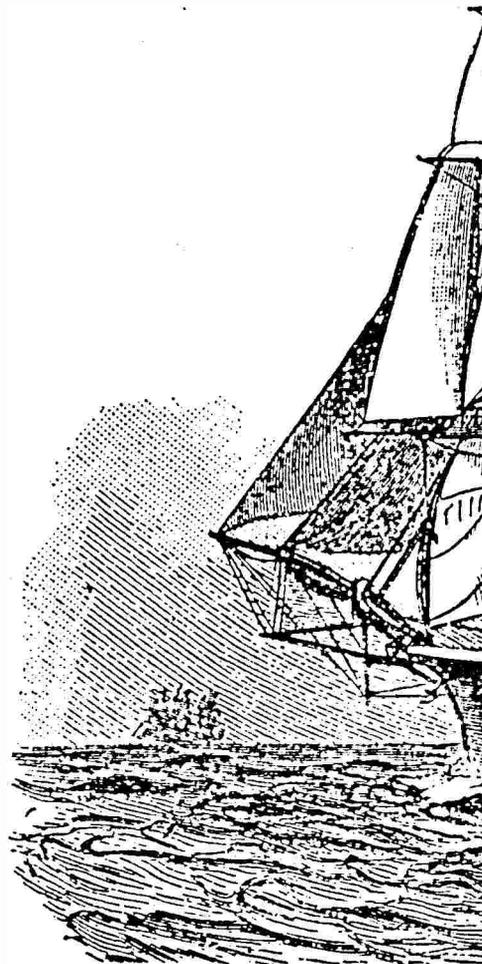
Estando entonces en Corke y no encontrando allí barco que me satisficiera, decidí tomar un pasaje de aventura para Bristol en un bergantín de cabotaje local, arribando sin contratiempo al deseado lugar el 4 de julio de 1769. Luego trasbordé al *Jane* de Bristol, del capitán Clarke, que hacía comercio de esclavos en la costa de Guinea. Una vez en dicha costa, tomamos 500 negros con los cuales procedimos hasta Jamaica, a donde llegamos en el siguiente diciembre.

Aquí dejé el barco y entré al servicio de una goleta, comandada por un criollo llamado Peter Richardson, rumbo a Ratán en busca de tortugas. (1) Por consiguiente, de jamos Montego Bay en enero de 1770 y en cinco días arribamos al lugar de nuestro destino, donde capturamos unas 90 tortugas en el espacio de un mes. Luego salimos para Jamaica, pero después de algunos días en el mar, con poco viento y una fuerte corriente, fuimos empujados hacia el golfo de Florida y obligados a botar ancla en el río Mississippi. (2) Allí permanecemos unos cinco días antes de hacernos a la mar de nuevo, hasta alcanzar Montego Bay después de nueve días de viaje seguro. Más tarde navegamos a la bahía de Honduras, por madera de tinte y caoba, en el bergantín *Nancy* del capitán Ferguson. Terminado el viaje, regresamos a Jamaica en marzo de 1770.

El capitán Woodhouse, de la goleta *Betsy*, me contrató a continuación para ir a la bahía de Honduras. Salimos de Jamaica el 20 de marzo, enteramente convencidos de que la bahía era nuestro destino, pero entonces el Capitán nos reveló su intención de dirigirse al istmo de Darién en busca de mulas y vacas. Alrededor del 10 de abril anclamos un poco al oeste de Nombre Dios. El Capitán despachó a la costa a un mensajero negro que hablaba la lengua española, para avisar a los habitantes su deseo de comprar unas pocas mulas y vacas, las cuales pagaría con algunas cuantas telas que traía, además de sábanas, utensilios metálicos y cuchillos.

Tan pronto como los habitantes recibieron la propuesta, trajeron a la costa unas 30 mulas y 40 cabezas de ganado, que llevamos a bordo tan rápido como fue posible. Los españoles fueron invitados a bordo de la goleta para recibir a su gusto los artículos del intercambio; pero antes que regresaran a tierra, el Capitán nos ordenó que los capturásemos por la fuerza de las armas y pusiésemos en la playa, lo cual ejecutamos al pie de la letra. Luego levamos ancla, dejando a la pobre gente ofendida, lamentando las pérdidas y su mala suerte, lanzando imprecaciones contra los comerciantes ingleses por el daño pérfido que les hicimos.

Tales prácticas ilícitas han causado dificultades a muchas personas de estas partes, quienes podrían realizar negocio honesto y obtener buenas ganancias si trataran con la gente de una manera decente; pero los naturales, después de sufrir tales experiencias y tras las muchas ofensas que han recibido,



no volverán a confiar en los ingleses por ninguna razón, lo cual representa una grave inconveniencia para el comerciante industrioso y justo.

No obstante, a nuestro tramposo Capitán no le importó el bienestar de aquellos que podrían venir detrás, más bien se vanaglorió de su gran logro y de las ganancias que posiblemente obtendría con tal acción.

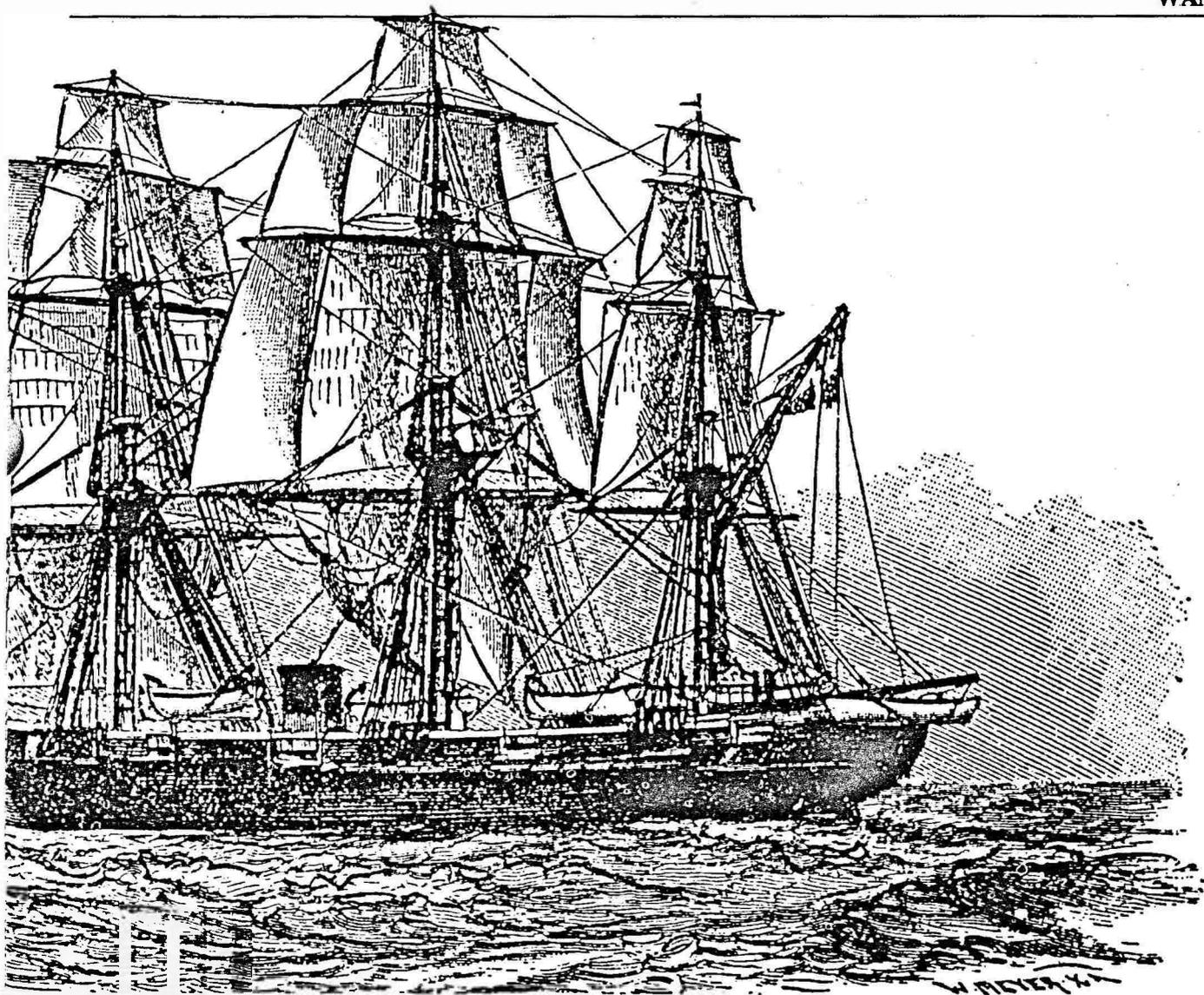
CAPITULO II

Desembarco en Suramérica para cortar leña; su cautiverio por una tribu de indios errantes; lamentable condición, humilde esclavitud y tratamiento bárbaro entre ellos; su condición de nómadas; situación y productos del bosque donde habitan; de sus enemigos vecinos que los molestan; con particular descripción de sus personas y las varias peculiaridades de la vida.

Después de dejar Nombre de Dios, navegamos unas 50 leguas hacia el oeste, pero teniendo gran necesidad de leña

1. La isla de Roatán, junto a la costa norte de la actual Honduras.

2. En el Golfo de México.



anclamos en una gran bahía, cerca de la boca de un río, para obtenerla. (3) Fui ordenado de inmediato bajar a tierra con cinco negros portando machetes y otros implementos para cortar leña. Por lo tanto desembarcamos. Pero no habíamos avanzado mucho de la orilla cuando mi sorpresa fue grande, al ver a los negros emprender súbitamente una carrera apresurada hacia los botes.

De repente, para mi asombro, me vi envuelto en la mayor confusión, cuando volteándome para conocer la causa de la estampida, me encontré con una partida de indios indómitos que venían hacia mí. Estaba muy cerca de ellos para pensar en una retirada, pues si la hubiese intentado me exponía a una lluvia de flechas fatales que probablemente habrían sellado mi destino en ese instante.

Los indios me capturaron y despojaron inmediatamente de toda la ropa, reduciéndome en pocos segundos a un desnudo perfecto. No manifestaron el menor deseo de conservar la vestimenta, sino que la deshicieron en pedazos

furiosamente y la botaron con gran escarnio y burla, sin al menos examinarla o buscar en ella alguna curiosidad.

Tan pronto como quedé desvestido, formaron un círculo poniéndome en medio para examinar mi piel, uno tras otro y parecían muy sorprendidos de su color. Después compararon las diversas partes de mi cuerpo con las suyas, hasta que su curiosidad quedó completamente satisfecha. Luego se apresuraron a internarme en la selva vecina y me cargaron con piezas de los diversos animales que habían cazado, con las que fui obligado a viajar hasta el anochecer, cuando ya estaba a punto de desfallecer de hambre, sed y fatiga.

Cuando la noche caía, el comandante o jefe de la tribu salvaje dió orden de acampar debajo de un gran árbol. Fui obligado a recoger leña para hacer una fogata; limpiaron las piezas cobradas y las prepararon para el asado. Después hicieron un fuego grande, construyeron la barbacoa encima y extendieron las piezas. El grupo se agolpaba alrededor, impaciente por disfrutar de lo que se estaba cocinando. Acicateados por un hambre feroz, cortaban la carne en el mismo fuego con desesperación, antes que estuviera asada completamente, engulléndola a cual más voraces y en sor-

3. La bahía de Bluefields, donde desemboca el río Escandido.



Guerreros indios de Brasil. En "Histoire d'un voyage fait en terre du Brésil". La Rochelle, 1578.

prendente cantidad, sin que permitieran que yo la probara sino hasta que dieron solaz a su irrefrenable apetito.

Después del hartazgo, procedieron con diversiones absurdas y ridículas, que consistían en la ejecución de gestos grotescos, saltando, rodando y riendo a mandíbula batiente, de modo que podía verles claramente el techo de la boca y el arranque de la lengua. Luego torcieron los ojos como para asustar, moviéndolos con rapidez en todas las direcciones, abriéndolos y cerrándolos entre torvas miradas y con tales ceños en formas y expresiones que las muecas les daban una horrible apariencia. Concluyeron su ridícula diversión con gritos y alaridos en una manera verdaderamente espantable. El jefe me ordenó imitar alguno de los gestos absurdos, que desde luego intenté, pero no logré ejecutarlos a su gusto. Una vez terminada la diversión, la entera tribu se echó en el suelo alrededor de la hoguera para dormir.

Amable lector: me faltan las palabras para dar una idea sobre mi infeliz condición en esta crítica coyuntura, estando totalmente separado de toda sociedad cristiana y rodeada en las silenciosas horas de la noche por una compañía de temibles salvajes, que el sólo pensar en ellos siembra el terror en mi tembloroso corazón. Estaba casi reducido al deplorable estado de poner un final a mi miserable existencia, pero el Dios que me creó me previno milagrosamente de perpetrar semejante crimen hórrido. En su misericordia me hizo considerar seriamente la imperdonable ofensa que le haría, pues yo estaba compuesto no solamente de un cuerpo mortal sino también de un alma inmortal, que debe existir por toda la eternidad para felicidad o para condenación; me hizo sentir que un suicidio voluntario me hubiese deparado el último destino tan temible.

Por lo tanto, imploré con la mayor ansiedad al Altísimo por mi preservación y libertad. Tuve la consolación de estar seguro que mi omnipotente Creador me conservaría con su gracia y que, a su debido tiempo, encontraría una oportunidad conveniente para efectuar mi fuga. Pero ésta no la lograría con éxito de inmediato, porque el territorio que nos rodeaba era una selva continua e impenetrable, que hacía del intento una acción totalmente impracticable.

Varias ideas sobre la suerte incierta me mantuvieron despierto hasta el amanecer, hora en que nuestro jefe (así deberé llamarle en adelante), nos levantó del duro lecho. Entonces supe que mi principal tarea sería la de seguir los pasos ambulantes de la tropa miserable y llevar sobre mis espaldas desnudas las desafortunadas víctimas de sus flechas. Así cargado me hicieron caminar a menudo, al extremo de caer bajo el pesado fardo y cada vez que tropezaba o caía accidentalmente, un indio tras otro me golpeaban inmisericordes con sus arcos hasta que me incorporara. Tales acciones, junto con las heridas que recibí de las espinas y varejones (que penetraron muy profundo en mis carnes, cuando caminaba en medio del bosque), tornaron mi situación en algo verdaderamente deplorable.

El trato al que fui sometido, el cambio de dieta y la constante exposición a la inclemencia del tiempo (que en esa época era muy lluvioso y tormentoso), pronto me produjo un violento flujo, que continuó hasta reducirme a la consistencia de un esqueleto que parecía ir en camino hacia la eterna morada. Aunque nuestro jefe era muy buen curandero, siempre dispuesto a actuar como doctor entre los de su tribu, parecía sin embargo no tomar nota de mi desventajada condición, hasta que se dió cuenta que mi existencia conclui-

ría probablemente en unos pocos días más. Interesado entonces en conservar mi vida para futuros servicios a la tribu, me administró polvos de plátano con tales virtudes curativas que en corto tiempo me restauraron en perfecta salud.

Estos indios son llamados woollaways, o tribu de las cabezas chatas. (4) La compañía un efectivo de 50 hombres y doble número de mujeres y niños. No tenían lugar fijo de asentamiento o residencia, sino que vagaban diariamente por el extenso bosque, donde viven cazando diferentes criaturas para su sustento. Parece que confinaban sus andanzas dentro de un espacio de cinco o seis días de viaje, regresando con frecuencia a unos ciertos y pocos lugares que les eran familiares, ya sea por suplirles con buena agua, convenientes dormitorios o algo así. No se atrevían a construir habitaciones o asentarse en un determinado lugar, para no llamar la atención ni dar oportunidad a sus enemigos que los invadan.



"Ramong, a Woolwa". (H.A. Wickham, 1872)

Los indios temen la aproximación de los españoles que viven en el interior del país, pero siente mucho más terror ante las invasiones de los mosquitos que viven en las orillas del mar. (5) Aunque el bosque se encuentra hacia el sur del río de Nicaragua, (6) los mosquitos desembarcan con frecuencia en su flota de largas canoas, no obstante la gran distancia hacia el norte que los separa, y avanzan en busca de los salvajes nómadas.

Durante estas aventuras, los invasores se presentan bien armados y en tan gran número, que los indios arqueros no se atreven a enfrentarlos. Durante mi cautiverio nunca observé en realidad a los temibles invasores, pero los pobres salvajes viven en tal suspenso que si el viento o cualquier bestia vagabunda produce, durante la noche, el más leve ruido entre los árboles del bosque, la tribu entera se levantará al instante y probablemente caminará por toda la noche para evitar el encuentro con el supuesto enemigo, salvo que tenga la suerte de descubrir la verdadera causa del disturbio.

La extensión de la selva era para mi enteramente desconocida. Varios ríos grandes la atreviesan. Abundan los ani-

4. Wollaways, la tribu sumo de los woolwas o ulwas.

5. Indios miskitos.

6. En este caso, el Río Coco.

males en variedad y diversas clases de frutas, aunque la única dieta de los indios es a base de carne. El bosque es un grupo casi compacto de árboles altos, entre los que figuran la caoba, el castaño, el ébano, el cedro, el *Lignum vitae*, (7) el ceibo y otros de madera preciosa. La fronda provee a menudo de un agradable asilo contra los calcinantes rayos del sol.

Estos lugares son muy deliciosos, de no mediar gran volumen de monte que, en muchas partes, parece casi impenetrable y torna la caminata más difícil y penosa. Aun los sitios de dormir resultaban muy perniciosos por los espinosos ramajes que cubren el suelo. Algunas veces había que extender grandes hojas sobre el terreno para evitar rasguños y heridas. Con frecuencia tenía la planta de los pies y otras partes del cuerpo completamente rasgadas y laceradas a causa de las perjudiciales espinas. La piel de los indios era mucho más fuerte que la mía y no tan fácil de penetrar. En realidad, si algunos recibía heridas un día, al siguiente ya estaban completamente cerradas.

La tribu debe el nombre a la forma de sus cabezas, cuya parte superior, por artificio, se encuentra aplastada. Los indios consideran esta deformación como algo bello y se esmeran en provocarla entre los infantes. Para lograrlo, una vez que el niño nace se proveen de un par de tablitas de unas diez pulgadas de largo por cuatro de ancho, una de las cuales aplican contra la frente del recién nacido y la otra en la parte trasera de la cabeza; luego las atan fuertemente por el extremo con cuerdas de henequén, acercándolas en la medida que la cabeza se aplasta, hasta que la frente quede un poco más atrás de los ojos y la parte trasera de la cabeza un poco hacia adelante. De este modo, el cráneo resulta aplastado y alargado hacia arriba y salido a ambos lados, ofreciendo una monstruosa apariencia. La deformación queda generalmente terminada para la época en que el niño suele caminar.

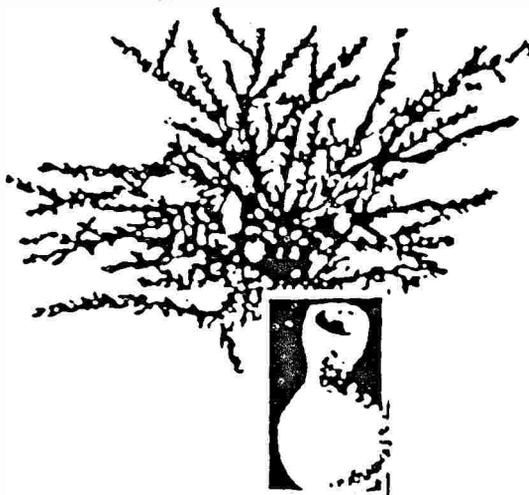
Los miembros de la tribu son de regular estatura por lo general, naturalmente bien proporcionados, robustos y fuertes por exceso. Tienen el pelo lacio, largo y negro, que les cae sobre los hombros. El cutis es de un color cobrizo, pero se pintan cada mañana, los hombres en negro y rojo y las mujeres sólo en rojo. Una vez que se acicalaban venían a pintarme de tal modo que mi color natural quedara enmascarado. Con mi pelo negro, en todo tiempo largo, casi no me diferenciaba de los nativos woolaways, salvo por la forma de la cabeza.

Fabrican sus pinceles con pequeñas astillas a las que mastican en el extremo. Sacan el tinte rojo de una semilla molida y mezclada con agua, procedente de la cápsula hirsuta de un arbusto peculiar que crece espontáneo en el país. (8) El color negro sale del carbón, mezclado con ceniza y agua. Con este tinte hicieron una marca notable en mi brazo derecho, pocas semanas después de la captura, que todavía puede notarse.

Sus modales son graves y solemnes, sin asomo de júbilo, salvo en ciertas veces después que comen. Son tan parcos en la conversación que con frecuencia viajan juntos por varias horas sin cruzar palabra. Aunque a menudo se topan con otras tribus en el bosque, no acostumbran saludar al paso. Todo el vestido que usan consiste en una curiosa pieza hecha de una corteza que llaman polpro. (9) Una vez que la separan del árbol, la secan y aporrean hasta darle la consistencia de tela. Luego la enrollan en torno a la cintura, dejando caer los extremos hacia adelante y atrás para cubrir

las partes pudendas. No se abrigan por la noche más que lo hacen en el día, salvo en la estación lluviosa cuando se sientan sobre las pantorrillas para dormir, colocando sobre la cabeza una larga hoja como paraguas, de unos dos pies de largo y 18 pulgadas de ancho, llamado trooly. (10) Otras veces las colocan sobre una enramada para dormir debajo.

No practican ritos matrimoniales, pero el muchacho de mayor edad toma a la muchacha también mayor, uniones que se establecen entre los 12 y los 14 años. Las mujeres no sufren nada en el parto, el cual se efectúa sin dolor ni peligro. Cuando una de ellas advierte que va dar a luz, avisa a sus compañeras y se sienta en el suelo. La entera tribu, hombres y mujeres, se coloca alrededor hasta que el niño nace. Luego todos se levantan y marchan a la ribera del río más cercano. La madre salta inmediatamente en el agua y nada por largo tiempo, mientras otras de la fraternidad lavan al recién nacido. Cuando la madre sale del agua, se une al resto de la compañía como si nada hubiese sucedido; lleva al niño amarrado a la cadera, a la manera como siempre cargan a los tiernos, hasta que puedan caminar por sí mismos.



La vasija consiste en calabazas y cujarees. (11) Las primeras crecen espontáneamente en el bosque, los segundos los fabrican las mujeres con arcilla puesta al fuego. Sus cuchillos son de madera dura pulida con pedernal y los emplean para desmembrar a los animales que cazan. Por cuchara usan el hueco de las manos. El alimento de la tarde es por lo general el único plato del día, cuando cada quien come lo suficiente como para suplir a un hombre con cuatro comidas. Pero el caso no es siempre así, pues algunas veces suspenden la cacería después de haber andado todo el día, conformándose con un bocado para sus voraces apetitos. En realidad,

7. El guayacán.

8. El achiote.

9. La palpura o taparrabo.

10. El quequisque o malanga de monte, arca del género Philodendro.

11. La arcilla es moldeada sobre el cuesco del jícaro, Crescentia cujete.

cada vez que había una reducción me tocaba una buena parte de ella mientras estuve cautivo. Carecen de sal y el agua es su principal bebida. Algunas veces las mujeres obtienen plátanos, que envuelven en hojas de trootly hasta que se tornan rancios; luego los majan y mezclan con agua, fabricando una bebida de naturaleza intoxicante. El maíz o grano indio también sirve para el mismo propósito.

No tienen método para computar el tiempo por ningún número de años, de modo que la edad no puede ser conocida, pero sospecho que sus vidas son muy largas por lo general. Los viejos solamente se distinguen por sus arrugas y canas; desempeñan su parte en la cacería diaria, soportando toda clase de trabajos y durezas con la misma fortaleza de los jóvenes. Los indígenas padecen de pocas enfermedades y cuando uno de ellos es afectado por dolencia, sus conocimientos de medicina son tales que por lo general conducen a una rápida curación. Rara vez muere un joven, pero ciertos viejos arrugados fallecieron, algunos en forma repentina, durante mi cautiverio, según parece ser el caso común en la tribu. A la muerte de un miembro, el resto excava un hoyo donde deposita el cadáver, sin exhibir ninguna ceremonia fúnebre o expresar el menor signo de duelo.

Nunca pude saber si creían en la existencia de un Ser Supremo; la única ceremonia que practican, que parece tener un sentido religioso, es la ejecutada cada mañana antes de abandonar el lugar donde pernoctaron: cada uno se provee de un par de varejones rectos, de una dos yardas de largo, en los cuales enrollan unas ciertas hojas verdes. Luego hacen un pequeño hoyo en el suelo y colocan las varas adornadas en posición vertical, una cerca del hoyo y la otra a considerable distancia en el lado opuesto del agujero. Después, toda la compañía se coloca en torno del hoyo salvo el jefe quien, volteando la cara hacia la vara más cercana, camina pausadamente hacia atrás, balbuceando algunas palabras incoherentes hasta llegar a la otra vara; luego se vuelve y con un movimiento similar avanza hasta el agujero, junto al cual se arrodilla por unos pocos minutos, apuntando con su dedo la dirección hacia donde la tribu debe dirigirse para encontrar una diferente clase de animal silvestres en ese día.

CAPITULO III

Relato particular de las armas de los indios y su destreza para usarlas, junto con una clara referencia de sus procedimientos diarios, y un curioso detalle de las varias clases de criaturas que constituyen sus presas comunes, y las maneras como las capturan.

Las armas de los indios con las que matan a los animales silvestres consisten en arcos y flechas, en cuyo manejo son tan expertos que rara vez yerran el blanco. Sus arcos miden unos cinco pies de largo, hechos de una madera dura y elástica y, aunque no poseen nada mejor que un pedernal para fabricarlos, los raspan hasta dejarlos muy regulares y brillantes. Extraen las cuerdas de una especie de henequén que crece en el bosque. Las flechas son de varios tamaños, las más largas de unos cinco pies.

Cada indio carga normalmente unas 40, colgadas del lado izquierdo dentro de una vaina de cuero de venado. Las saetas se fabrican de una caña recta, sin nudos, en cuya extremidad más angosta engastan una pieza de madera dura,

escindida para insertar una hoja de pedernal de dos o tres pulgadas de largo, que amarran al fuste de la flecha con silk grass. (12) La punta de pedernal está bien afilada para penetrar en la víctima.

La tribu dota a todos los niños varones de pequeñas armas tan pronto como empiezan a caminar. Me regalaron un arco y un haz de flechas poco después que fui capturado. Para entonces ya me trataban mejor; por lo general, viajaba por



la mañana sin mucha carga para poder hacer mejor uso del arma. Pero, ¡oh desgracia!, esta deferencia no duró mucho, pues siendo totalmente inexperto en el uso del arco difícilmente daba en el blanco. Pronto los indios comenzaron a pegarme de lo más inmisericordes por haber malogrado tantas flechas y a las pocas semanas me quitaron las armas.

Por lo general, dejan sus sitios de dormitorio al amanecer y, luego de media hora de preparación, proceden a internarse en el bosque en busca de comida. Nunca paran a descansar durante el día, de modo que debe haber algo extraordinario en ellos que los induce a caminar con velocidad. Al acercarse la noche desisten de viajar. Uno de ellos toma entonces una tablilla cuadrada que tiene un agujero redondo en el centro y la sostiene entre las rodillas; deposita en el agujero cierta corteza o fibras secas; toma una varita redonda más dura que la tabla, ubicándola en posición vertical

12. Fibra extraída de la Bromelia oechmea.

sobre el agujero; la hace rotar entre las palmas de la mano hasta que la fricción produce la llama que prende la yesca.

Alimentado con más combustible, el fuego se extiende por unas diez yardas de longitud y dos de anchura. Plantan luego unas duras estacas en los extremos, a unos pocos pies sobre las llamas, y encima colocan una armazón de palos formando barbacoa. Pasan a los animales por el fuego para chamuscarlos, los rajan, desvisceran y ponen asar sobre la barbacoa.

Suele suceder por lo general que antes que la carne esté completamente lista, se la arranca furiosamente en pedazos para ser devorada en la forma más salvaje. Acabada la cena, toda la compañía se echa a dormir alrededor de la hoguera, que se mantiene ardiendo por toda la noche para alejar a las bestias del monte que pudieran acercarse a pisotearlos y hacerles daño.

El jefe toma siempre la delantera durante las excursiones diarias, seguido por un tren de arqueros, con las mujeres y niños en la retaguardia. Marcha un poco adelante de sus compañeros, husmeando el aire alrededor, y les señala en la dirección donde los animales se encuentran; también busca rastros que son las mejores pistas para seguirlos.

Cuando los indios dan con el trazo de cualquier bestia no hay forma de hacerlos regresar, no importando las espinas y otros obstáculos que encuentren en el rumbo. En ese caso, el jefe se va de cabeza contra el motorral en forma tenaz, abriéndose paso a como dé lugar para que lo sigan sus compañeros. La brecha se amplía cuando toca el turno a las mujeres, que cargan niños, animales muertos o los utensilios de la tribu.

Los arqueros son diestros a tal grado que, cuando viajan por la ribera de un río, no despegan los ojos del agua: tan pronto como un pez se acerca a la superficie, no hay duda que será perforado al instante por una flecha. Una vez acertado, uno de la compañía salta al agua y rescata pez y flecha. Para entonces los niños se han metido en el agua para nadar, zambullirse y divertirse en cualquier forma posible. Todos los miembros de la tribu exhiben grandes habilidades en el medio acuático a consecuencia de haberlas practicado desde temprana edad.

Las clases de criaturas que normalmente les sirven de presa son el león (puma), tigre (jaguar), mono, baboon (congo), venado, wari (jabalí), pecary (sahino), indian coney (guatusa), tenaha (guardatinaja), guana (iguana), tortuga de tierra, armadillo, quam (pava) y el curassoe (pavón), con peces de toda suerte y una especie de culebra llamada bevera (boa). (13) Cazán generalmente a los leones sin mucha dificultad, pues éstos se mantienen siempre en terrenos abiertos y no escapan con precipitación a la vista de la tribu, a como lo hacen muchos otros animales.

Tan pronto como el tigre percibe a la compañía, si una flecha no para de inmediato su curso corre por corta distancia y se encarama en el árbol más elevado que encuentra; trepa hasta la última rama que pueda soportar su peso, pero esta posición encumbrada sólo sirve para acelerar su fin, pues bastan unas pocas flechas de cinco pies de largo para hacerlos caer al terreno.

Los monos y baboons prefieren a menudo los árboles altos y son comparativamente los animales más difíciles de matar

según los indios. He visto alguno saltar con frecuencia de rama en rama con dos o tres flechas hundidas en su carne y todos los críos a la espalda tratando de extraérselas, pero la cuarta flecha rara vez falla en traer a la madre y su camada al suelo.

El venado corre con frecuencia al agua cuando se ve acosado y busca la fuga nadando. Pero este método más bien le es fatal, porque los indios pueden nadar ventajosamente más rápido que el animal y llegando cerca de él, se enderezan en el agua y le lanzan las flechas tan certeramente como si estuviesen parados en terreno seco.

Los waris son una especie de bestias muy parecidas a los cerdos, de unas 18 pulgadas de porte. Los pecarys parecen de menor tamaño. Ambos viajan en hordas por lo general. Tan pronto como los indios los descubren, proceden los arqueros a separarse y los rodean a conveniente distancia. Disparan a las bestias desde varias direcciones con tal agilidad, que pocos son los animales que logran escapar; de suerte que cuando los indios logran topar una manada consideran el día como muy feliz.

Las indian conies son un poco más grandes que los conejos de Inglaterra y de diferente color. Viajan en manada. Los indios tienen unos pequeños pitos de madera para imitar su sonido, y con frecuencia las llaman y atraen en gran número, para hacer llover flechas sobre ellas, quedando con vida muy pocas de las pobres engañadas.

Las iguanas presentan la forma y proporción de las lagartijas, pero son mucho más grandes. Comúnmente ponen sus huevos y fijan su morada junto a un río, de modo que cuando un enemigo se aproxima buscan su seguridad saltando al agua. Sin embargo, esta política rara vez las esconde de los indios, que se zambullen en pos, persiguiéndolas hasta el fondo y atrapandólas con las manos.

Las bestias que los indios llaman tenahas (guardatinaja o tepescuintle) son del tamaño de un gato corriente. Se refugian en el terreno, en agujeros que miden unas dos yardas de profundidad. Cuando los indios descubren uno de estos hoyos, algunos excavan el suelo para obligar al animal a dejar la cueva, mientras otros se aprestan para agarrarlo tan pronto salga del escondite, pues son animales muy rápidos y conviene estar alerta con ellos.

Las tortugas y los armadillos andan tan fuertemente armados que las flechas no les pueden entrar; no obstante, los indios los capturan vivos a menudo. Las primeras se cogen sin dificultad en arroyos y zanjas; los últimos se esconden bajo la tierra en agujeros tan profundos, que los indios rara vez se molestan en sacarlos; cuando los ven en el terreno los persiguen y logran cogerlos antes que los animales alcancen el agujero.

Durante los viajes, los indios observan lagartos en abundancia, pero nunca vi que los perturbasen, posiblemente saben que la piel escamosa es a prueba de las más agudas flechas y que los animales no pueden dominarse si son tomados vivos. Algunas veces capturan bevers (castores, o más bien zorros de agua), y pole-cats (mofetas o zorrillos), pero su olor nauseabundo impide comerlos.

Los indígenas disparan contra una especie de bestia que llaman adanty (danta o tapir), cada vez que encuentran una, pero no comen su carne por no sé qué motivo. El adanty es, me imagino, la misma bestia llamada también vaca de montaña, aunque su descripción difiere de las varias ofrecidas por nuestros escritores. Tiene casi el tamaño de un asno,

13. Los nombres entre paréntesis son del traductor.

pero se parece a una vaca, de cabeza más grande; no lleva cuernos y el labio superior cuelga sobre la boca de modo que puede imitar el silbido del hombre; la cola es apenas de cuatro pulgadas de largo; la piel de una de gruesa. Cuando es perseguida, corre hacia el agua profunda por lo general y camina en el fondo del río como si anduviera en tierra seca.

Lo que los indios llaman *quams* y *curassoos* son unas aves que considero de la misma especie pero de diferente sexo. En el tamaño se parecen a un ganso, pero varían en el color. Aunque el bosque es rico en variedad de pájaros, solamente estos dos atraen la atención de la tribu. Los muchachos se divierten y ejercitan sus armas flechando gran variedad de aves; los hombres les permiten comer de las piezas cobradas como premio a la destreza.

La tribu dispara contra varias clases de peces grandes, siendo el más destacado el *mannaty* (manantí). Es de gran tamaño y su forma como de vaca. En lugar de aletas presenta dos protuberancias como tetas, con las que a menudo se arrastra a la costa para dormir y pastar. (14)

La *bevrá* mide unas tres yardas de largo y cinco pulgadas de grosor. Es la única clase de culebra que los indios aprueban como alimento, de modo que matan varias. La serpiente

más peligrosa del bosque es la cascabel. El piquete de esta criatura destructiva es preámbulo de la muerte, si no se aplica un remedio al momento. Yo fui testigo de un caso: la mordedura a un perro de la tribu. El pobre animal se inflamó hasta alcanzar un tamaño prodigioso; la sangre le brotaba de la boca, nariz y orejas y expiró a los pocos minutos en la más grande agonía imaginable.

El piquete, sin embargo, no parece acarrear la muerte tan rápidamente al hombre, dando tiempo para que actúe un remedio. Es curioso observar la agilidad con que los indios lo contrarrestan. En efecto, si alguien es mordido se hace un fuego al instante y la tribu entera se apresura a recoger hojas parecidas a las que usan en sus ceremonias matutinas, con las que forman una bolitas que exponen al fuego. El jefe restriega con ellas el cuerpo del paciente, especialmente alrededor de la parte herida, musitando al mismo tiempo un sonido desarticulado. Continúa frotando y susurrando sin parar, hasta que la inflamación se abate y la herida queda curada en efecto.

CAPITULO IV

Sobre su afortunado escape de los indios que lo habían capturado primeramente; sus viajes solitarios y curiosas aventuras en el bosque; su arribo entre otra tribu de indios;

14. El manatí es más bien un mamífero que un pez; no saca más de medio cuerpo del agua.



sus aventuras singulares y tratamiento entre ellos y varias de sus costumbres peculiares.

Mientras estuve con estos incrédulos, dediqué mis pensamientos día y noche para fraguar un escape y determiné no perder ninguna oportunidad favorable para lograrlo. Con tal objeto me levantaba varias veces en la noche, cuando juzgaba que el grupo que me rodeaba estaba seguramente dormido; pero en medio de tan numerosa compañía escasamente hubo intervalo sin que alguien no estuviera despierto, de modo que cuando me levantaba alguien también lo hacía previniendo mi fuga.

No obstante los fallidos intentos, siempre procedí con disimulo para asegurar si era o no percibido; en consecuencia, al ser descubierto pretextaba siempre que lo hacía para satisfacer mis inevitables necesidades personales. De esta manera me libraba ciertamente del castigo que mis enemigos me hubieran propinado de haber estado seguros que la deserción era mi propósito. Sin embargo, después de cuatro o cinco intentonas, los salvajes estuvieron más atentos vigilando mis pasos y aún abusaron de mí con mayor barbarie, de modo que hasta las mujeres mismas me daban con los pies o golpeaban con cualquier cosa que tenían a mano. Este mal tratamiento, sin embargo, no hizo más que incrementar la resolución de desertar, mientras guardaba la esperanza feliz que mi Dios impartiría su graciosa ayuda para liberarme.

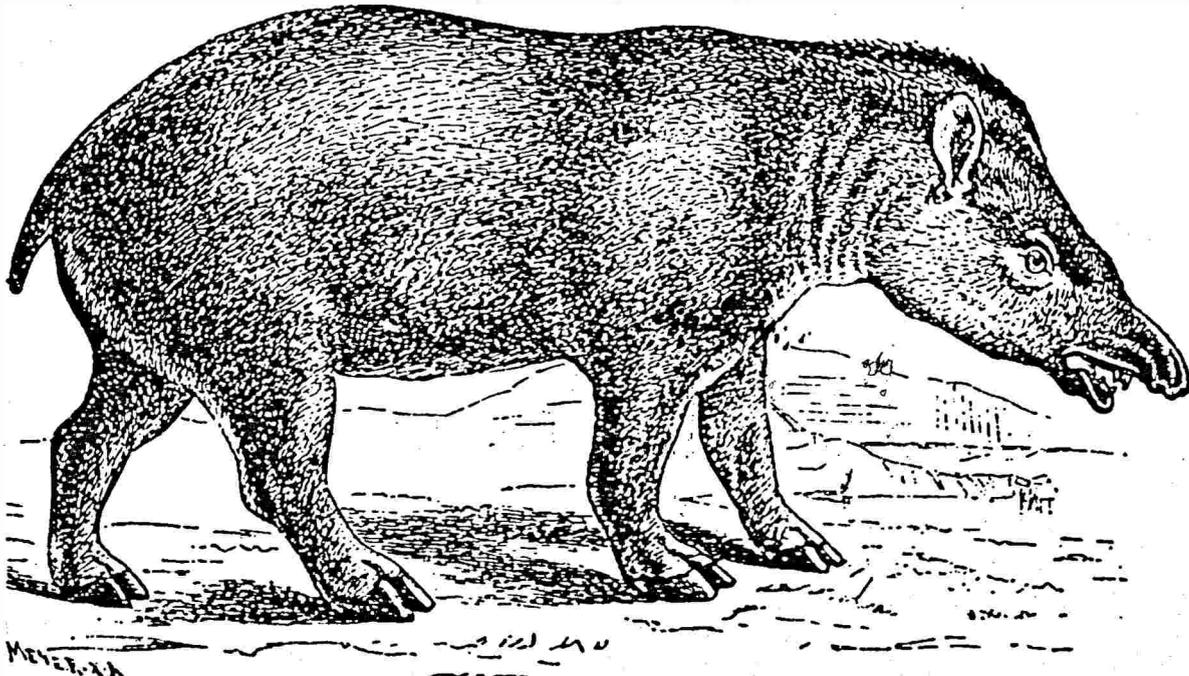
En un cierto día a los diez meses de mi cautiverio, andando de cacería como sucedía usualmente, hicimos un gran acopio de animales. De regreso a uno de los lugares frecuentados por la tribu, debido a una fuente que surtía excelente agua, nos dispusimos de inmediato a preparar un banquete con lo que habíamos cazado. Los pobres indios, muy exaltados por la buena fortuna de este día, rellenaron sus barrigas y prepararon gran cantidad de chicha de plátano. Cada quien

bebió en forma copiosa, resultando que toda la tribu, hombres y mujeres, quedaron fuertemente intoxicados. El jefe entonces ordenó que nos acostáramos junto al fuego para dormir.

No puedo asegurarlo, pero en ese día ellos emplearon conmigo mayor decencia de lo acostumbrado. Sin embargo, este tratamiento civilizado me pareció muy insuficiente para contrapesar el trato inhumano que a diario me daban. Por tanto, pensando que ahora tenía una oportunidad favorable para realizar pacíficamente mi fuga, determiné llevar ancla en busca de más felices tiempos. Así que, tan pronto juzqué que la ebria tropa estaba muy entregada a las tranquilas manos de Morfeo, me levanté suavemente, caminé con cuidado entre ellos y siendo favorecido por los luminosos rayos de la luna llena, pronto me encontré a considerable distancia de mis captores.

Sobreviví con toda la fruta que encontré en los bosques y viajé tanto como pude en la dirección que confiaba me conduciría a la costa del mar, el cual a mi juicio estaría no muy distante. Unos pocos días de incesante e infructuoso viaje me convencieron que llevaba un curso equivocado, y no sabía cómo rectificar mis erráticos pasos.

Por dos días tuve la buena suerte de continuar mi viaje en paz, sin toparme con ninguna clase de enemigos. Sin embargo, en la tarde del tercer día escuché una gran perturbación entre los árboles y me alarmé de gran manera al oír el silbido bien conocido de una danta. Al instante me encaminé a un altivo árbol que por suerte estaba cerca y comencé a escalarlo buscando mi seguridad, pero apenas había alcanzado unos pocos pies sobre el terreno cuando el errante enemigo vino hacia el árbol y poco faltó para que me agarrara de los talones. Sin embargo, estando un poco más arriba de su alcance, pronto me encaramé a tal altura que no hubo medio que me cogiese, mientras me aseguraba de las ramas del árbol.



Danto.

No obstante mi elevada posición, la rabiosa bestia parecía estar dispuesta a no dejarme. Rasgó con furia el matorral y los arbustos que estaban alrededor por cierta distancia y excavó considerable cantidad de tierra al pie del árbol donde me refugiaba; corrió malévolamente alrededor del tronco y realizó varios intentos de ascenderlo. Cuando se dió cuenta que todos sus esfuerzos fallaban, se empeñó en sacarme del árbol con silbidos. Persistió en estos afanes durante el resto del día y por toda la noche. Al amanecer, cansada de su infructuosa labor y probablemente muy hambrienta, se alejó, no sin antes lanzarme unas cuantas miradas desdeñosas y no la volví a ver. No obstante, fue hasta cerca de medio día cuando me aventuré a dejar el árbol por temor que el enemigo estuviese escondido y listo para emboscarme. Hasta entonces bajé para proseguir mi camino.

Después de viajar unas pocas horas descubrí un bello galloway (caballito), atado a un árbol a poca distancia de donde me hallaba. Me sentí muy alegre por esta inesperada visión, pues me imaginé que podía viajar ahora con facilidad y mayor rapidez. Por lo tanto, me dirigí al extraño solitario, lo desaté y monté. Pronto me di cuenta de su velocidad y también de su familiaridad con el bosque, pues parecía conocer cada sendero y paso entre los árboles en forma tan perfecta, como si su vida entera hubiese discurrido en este ambiente. (15)

No había cabalgado mucho cuando sentí la necesidad de desmontar, debido a que mi cuerpo desnudo se había lastimado con el trote furioso. Intenté detener al caballo sin lograrlo, tampoco podía lanzarme de él a la velocidad que me conducía sin exponerme a eminente peligro; así que juzgué como lo más conveniente continuar cabalgando hasta que el potrero se cansase, o que algún otro accidente favorable lo obligase a reducir la velocidad. Pero el animal continuó en su incesante carrera hasta que me percaté que se dirigía a cierto lugar, porque a las pocas horas me condujo a un espacioso claro, rodeado por una fila circular de árboles altos.

En el lugar descubrí una gran hoguera sobre la cual una numerosa partida de indios estaba asando animales cazados. Los indígenas corrieron a mi encuentro al instante. Llevaban por toda ropa un polpro y estaban pintados. Desmonté sin vacilar, determinado a enfrentar con resignación el nuevo destino que la providencia me deparaba, pero me sentí feliz cuando fui recibido con agrado, tanto como hubiera querido.

Antes de desertar de los woolaways había logrado dominar tolerablemente su idioma, el cual no me sirvió aquí porque la lengua de esta tribu era enteramente diferente. No obstante, pronto me di cuenta que el pequeño caballo que me había traído hasta acá pertenecía al jefe, quien con otros de la tribu andaban buscándolo entre el bosque al tiempo de mi arribo. Cuando regresaron, el jefe se llenó de júbilo y expresó su contento besando al animal y dándole palmadas por largo rato, sin hacer ninguna pregunta al menos indagar quién lo había regresado. Fui informado enseguida y como consecuencia me condujeron ante su temerosa presencia.

Tan pronto como estuve enfrente, sacó un gran cuchillo y cambió su expresión, asumiendo un aspecto repleto de te-

rror ante mi tembloroso corazón. Por un tiempo quedé mirando al caballo y a mí en forma alternada, con la más grande ansiedad imaginable, al punto que juzgué que mi último momento había llegado. Sin embargo, el agosto tirano no procedió en la forma asesina que yo esperaba, más bien parecía desear que todos sus cofrades participaran en el placer de terminar con mi existencia miserable. Ordenó que me pusieran en el centro de la tribu, amarrado a una estaca para que tuvieran los indios la salvaje satisfacción de ajusticiarme con sus flechas. Fui atado a la estaca por consiguiente y los furiosos villanos se dispusieron en torno mío, mostrando gran impaciencia por ejecutar la sentencia infernal.

Es más fácil dejar al condolido lector imaginar cómo sería el estado de mis poderes mentales, que darle una justa descripción de lo que sucedía. Sin embargo debo decirle que, después de haber dejado circular salvajes pensamientos y terribles imaginaciones, mi aterrorizada mente comenzó a asumir su acostumbrada calma. Juzgando que mi último momento terrenal se apresuraba, humildemente me resigné a la misericordia de aquel Ser Celestial ante cuya presencia pronto comparecería.

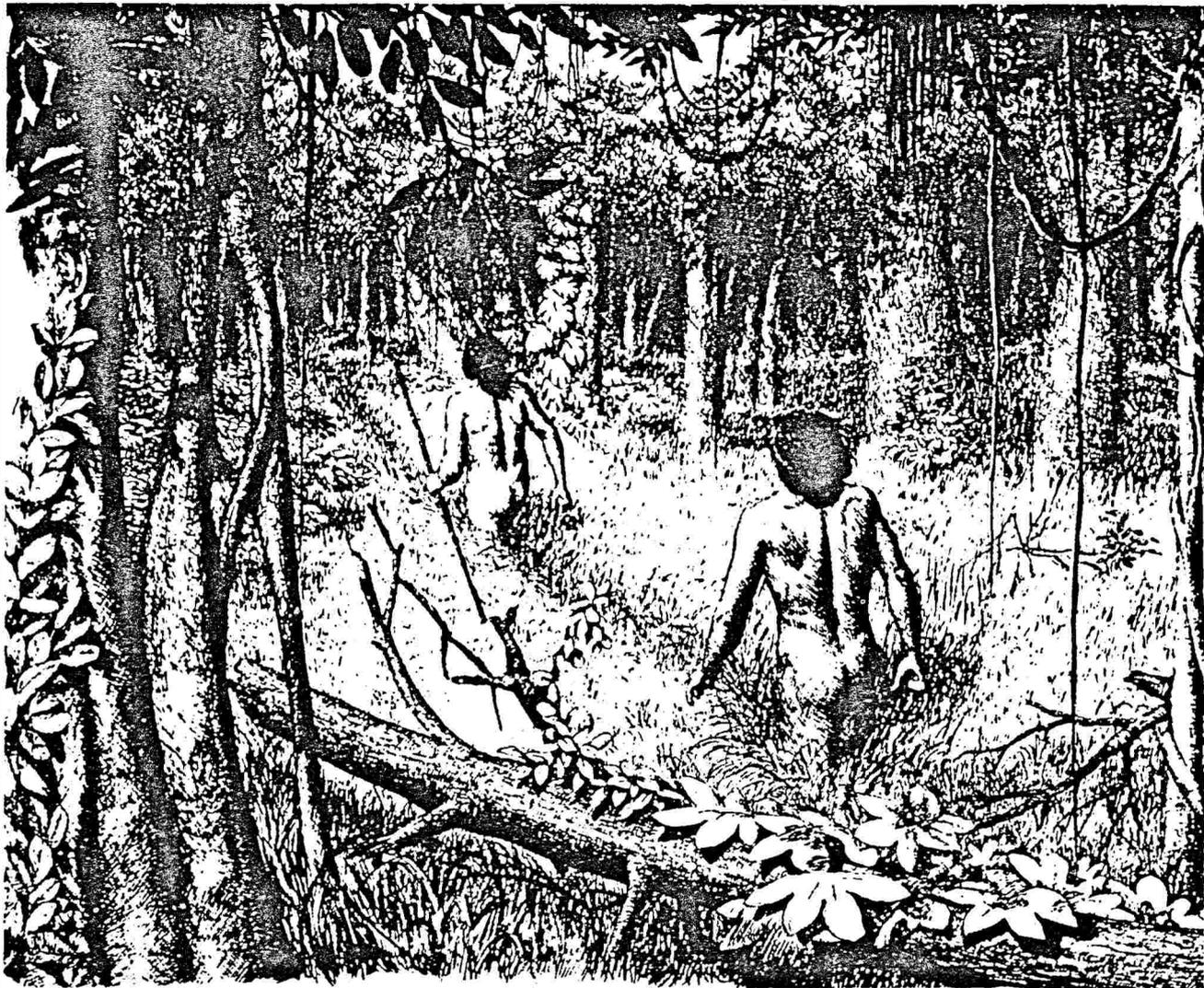
Cuando la salvaje horda se colocaba en posición, preparándose para gozar del espectáculo aniquilador, un viejo venerable que era su médico-brujo se levantó y los harengó por largo rato. Su exhortación resultó como celestial para mí, pues no había concluido cuando la ferocidad de todas las expresiones que me rodeaban se desvaneció totalmente, cambiada a una compostura más placentera hasta que fui felizmente dejado en libertad.

La más refinada sensibilidad de mis gentiles lectores, no puede inspirarles en su justo sentido la divina consolación que colmó mi exaltada alma, al verme liberado felizmente de las voraces mandíbulas de la muerte. El jubiloso éxtasis que entonces tomó posesión de mi mente me dispuso a entregarme con alegría a la sagrada voluntad de mi omnipotente Creador, que hoy concibo fue realmente quien con su bondad me liberó. Por consiguiente, sentencí al más negro de los olvidos todos los sufrimientos del pasado y con paciencia tomé la determinación de someterme al destino, tal como se presentase en el futuro.

Al ser bajado de la estaca me dirigí con el resto de la tropa hacia la hoguera y compartí el alimento de caza que estaba puesto sobre ella. En la siguiente mañana, cuando la tribu se preparaba para la cacería, me asaltó la secreta ansiedad por conocer cuál sería mi nuevo rol entre ella. Para mi agradable satisfacción, se me indicó caminar entre los arqueros, sin tener que llevar arco ni mucho menos cargar con algo, pues ellos creían que yo era un indio que me había perdido y separado de mi compañía.

Pero, ¡icaramba!, esos días felices no duraron mucho, pues al tercer o cuarto día del encuentro el sudor del cuerpo comenzó, como era usual, a lavar la pintura de mi piel, hasta que uno de los miembros del grupo la descubrió en su color natural. Inmediatamente vino hacia donde yo estaba para examinarme con toda munición y llamó a sus compañeros para que verificaran su descubrimiento. La entera tribu de pronto se sublevó, cada quien constatando por sí mismo las características de la natural genética que descubrirían en mi cuerpo. Hubo tal discusión en torno al tema, que nunca había escuchado semejante algarabía desde que me interné en el bosque. Cuando la sorpresa terminó, y su curiosidad

15. Los sumos ocostumbraban robar ganado en las vecinas haciendas de Chontales.



fue satisfecha, me mandaron a la retaguardia cargándome con los animales cazados, de modo que mi suerte fue ahora similar a la que había sufrido con la otra tribu.

La gente de esta tribu es llamada *buckeraws*. (16) Son de buenas proporciones, excesivamente livianos y activos a pesar de ser robustos. Suman un poco ms de 500 personas, 200 de las cuales son hombres en realidad. Doce lugares tienen para sus encuentros, todos los cuales visitan en su debida ocasión. Sus prácticas diarias son muy similares a las de los *woolaways*, de los que se diferencian en la forma de decorar el cuerpo. Tienen la nariz plana por la costrumbre usual de comprimirla con las palmas de la mano durante la infancia.

Los varones llevan el tabique nasal perforado por un palito de unas cinco pulgadas de largo, en cuyos extremos van amarradas unas plumas de lora o de algún otro pájaro

bello, las cuales se proyectan frente a la cara. También ostentan una ramita que atraviesa el labio inferior, con un extremo volteado hacia el labio sobre el cual se asegura y el otro colgando hacia el pecho con un pedacito de madera en forma de pez unido a él. Las mujeres llevan una pequeña pieza de madera, en forma de arete colgante, suspendido del puente de la nariz con fibra de *silk grass*. (17) ●

[Continuará en Wani 12...]

16. Léase *kuckeras* o *kukras*, otra de las tribus sumos.

17. Un similar ornamental facial de los *kukras* fue descrito por el pirata William Dampier un siglo antes que Roach.

